



Asamblea General

PROVISIONAL

A/40/PV.46
24 octubre 1985

ESPAÑOL

Cuadragésimo período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 46a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el miércoles 23 de octubre de 1985, a las 10.00 horas

Presidente:

Sr. DE PINIÉS

(España)

- Celebración del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas [39]:
(continuación)

Discursos pronunciados por:

Sr. Hugh Desmond Hoyte, Presidente Ejecutivo de la
República de Guyana

Honorable Anerood Jugnauth, Primer Ministro de Mauricio

Sr. Poul Schlütter, Primer Ministro del Reino de Dinamarca

Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón

Sr. Karim Lamrani, Primer Ministro del Reino de Marruecos

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Comodoro O. Ebitu Ukiwe, Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República Federal de Nigeria

Sr. Bernardo Sepúlveda Amor, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos

Sr. Anatoly E. Gurinovich, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Presidium del Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Bielorrusia

Sr. Alioune Blodin Baye, Ministro de Relaciones Exteriores y Cooperación Internacional y Enviado Especial del Presidente de la República de Malí

Se abre la sesión a las 10.25 horas.

TEMA 39 DEL PROGRAMA

CELEBRACION DEL CUADRAGESIMO ANIVERSARIO DE LAS NACIONES UNIDAS (continuación)

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará un discurso del Presidente Ejecutivo de la República de Guyana, S.E. el Sr. Hugh Desmond Hoyte.

Su Excelencia el Sr. Hugh Desmond Hoyte, Presidente Ejecutivo de la República de Guyana, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente HOYTE (Guyana) (interpretación del inglés): Mi presencia en este período de sesiones conmemorativo del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas representa una afirmación de la fe que tiene Guyana en el sistema de las Naciones Unidas y del apoyo que le brinda.

Este sistema, que surgió de las cenizas de una espantosa conflagración que se originó en Europa, está basado en las esperanzas y las aspiraciones de los pueblos del mundo, tanto de los vencedores como de los vencidos, de que se evitara la guerra, se consolidara la libertad y se propiciara el desarrollo. Es un sistema que nació en un medio ambiente de máximo optimismo y elevadas esperanzas. Por lo tanto, es natural que muchos de sus propósitos fueran de carácter universal y que sus principios no hayan quedado nunca anticuados.

La Carta de las Naciones Unidas comienza enfocando algo muy pertinente, es decir, las necesidades de los pueblos. La invocación del preámbulo de la Carta expresó la decisión de "los pueblos de las Naciones Unidas" de slentar objetivos universalistas y de convenir en estrategias amplias necesarias para lograr dichas metas. Opino que es conveniente recordar ese mandato en ocasión de este aniversario.

Al acercarnos al momento de la conmemoración, la pregunta fundamental es, por ende, la siguiente: ¿cómo ha servido el sistema de las Naciones Unidas a los pueblos del mundo durante todos estos años?

No hay ninguna organización humana perfecta. Así como sucede con otras instituciones, tanto las nacionales como las internacionales, la crítica al funcionamiento del sistema de las Naciones Unidas puede ser saludable y legítima. Sin embargo, la verdad es que la capacidad de dicho sistema de cumplir con sus objetivos y defender sus principios está directamente vinculada a la medida en que los Gobiernos aquí representados hagan uso de esta Organización y le reconozcan autoridad para actuar.

Recordemos hoy que muy al principio en la vida de las Naciones Unidas resultaron falsas algunas presunciones fundamentales de que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad actuarían coherentemente y con una voluntad colectiva. Sin embargo, disposiciones vitales de la Carta de las Naciones Unidas, especialmente aquellas relativas a la paz y la seguridad internacionales, descarsaban sobre estas hipótesis. Es de lamentar que en su momento, el enfrentamiento sustituyó la esperada cooperación. La manifestación más peligrosa de este acontecimiento es la enloquecedora carrera de armamentos que hoy pone en peligro la supervivencia de todos nosotros. Y este hecho también limitó severamente el papel de las Naciones Unidas en la búsqueda de solución a situaciones de crisis y tirantez, especialmente cuando chocan los intereses de las principales Potencias. Por ello es a la vez importante y urgente que se aproveche toda oportunidad de poner fin a la carrera de armamentos en espiral ascendente y se pongan en práctica más medidas sustanciales de desarme para abordar especialmente la amenaza de un holocausto nuclear.

A este respecto, permítaseme expresar la sincera esperanza del pueblo guyanés de que las conversaciones en la cumbre a celebrarse en Ginebra el mes que viene entre el Secretario General Mikhail Gorbachev y el Presidente Ronald Reagan se enfoquen y estructuren de manera tal que alienten la toma de decisiones significativas y constructivas. La paz internacional ha sido nuestro deseo más ferviente desde nuestra independencia. Como dijo el dirigente fundador de mi partido y de mi nación, el Camarada Linden Forbes Sampson Burnham, el 20 de septiembre de 1966, cuando Guyana fue admitida a esta Organización: declaro "... que el ansia vehemente de paz entre las naciones que siente mi Gobierno y mi pueblo no tiene rival." (A/PV.1409, párr. 181)
Nunca nos hemos desviado de esa posición.

Creo que la exigencia fundamental y urgente de los pueblos del mundo es que haya una reducción sustancial de la tirantez internacional y se tomen medidas inmediatas de buena fe a fin de promover un clima favorable para el logro de soluciones pacíficas negociadas para situaciones concretas de crisis, viejas y nuevas.

Pero en el medio ambiente internacional surgieron nuevas condiciones objetivas desde que se creara esta Organización. La revolución poscolonial facilitada por las Naciones Unidas, sin embargo, dio lugar a consecuencias que muchos de los que

estaban en 1945 en San Francisco no podían haber previsto, tanto es así que la revolución es hoy erróneamente identificada en algunos círculos como la causa primordial de muchos problemas actuales en los organismos internacionales.

Guyana se independizó como parte de esa revolución poscolonial, y hemos ejercido nuestra independencia dentro de esta Organización y fuera de ella de conformidad con nuestra percepción de nuestros intereses nacionales y la necesidad, tal como lo especifica la Carta, de armonizar los intereses de todos los Estados y pueblos sobre la base de la igualdad soberana.

Para Guyana no es sorprendente que el papel decidido de las Naciones Unidas en el ámbito de la descolonización haya sido ampliamente celebrado. Sin embargo, persisten algunos vestigios de colonialismo.

Namibia debe ser libre, y pronto. Y existe una necesidad apremiante de poner fin rápidamente a otras situaciones coloniales.

También es necesario, urgente e imperativo erradicar y destruir totalmente el apartheid, esa práctica de Estado inhumana y abominable de Sudáfrica. Está aumentando la presión sobre el régimen de Pretoria tanto desde el interior como desde el exterior. Podemos y debemos intensificar esa presión, porque la desaparición del apartheid generaría la esperanza y la oportunidad de un futuro más brillante y seguro para las masas negras oprimidas y para las minorías de Sudáfrica, e incluso, paradójicamente, para los mismos afrikaaners, ahora sitiados en otro laager que ellos mismos se han creado.

De seguir sin solución el estancamiento de las relaciones económicas internacionales, es decir, entre el Norte y el Sur, proyectará seguramente una influencia profundamente negativa y peligrosa en el rumbo de esas relaciones. Acordemos en esta Asamblea modificar esa perspectiva nada prometedora.

Las Naciones Unidas han tenido una actividad positiva en muchos ámbitos de interés y necesidad humana, y con sus organismos especializados ha realizado contribuciones significativas para mejorar la condición humana en todo el mundo.

El éxito en estas esferas no siempre ha atraído la atención pública. Pero sin anuncios ni fanfarria, esta Organización a menudo ha sido de enorme servicio para la humanidad al proporcionar un foro para el diálogo, al facilitar soluciones a los problemas y al dar esperanza y ayuda a los pueblos necesitados.

Esta actividad del sistema de las Naciones Unidas se vuelve aún más necesaria por la envergadura y el alcance mismos de tantos problemas de hoy, que abarcan preocupaciones humanas universales. Tales cuestiones incluyen los intereses de los pueblos a través de las fronteras nacionales y son de carácter mundial, por lo que exigen soluciones mundiales.

Desgraciadamente, en los últimos tiempos ha habido una tendencia profundamente perturbadora. Es el lanzamiento de ataques constantes, en una especie de cruzada, contra algunas organizaciones multilaterales donde el proceso de toma de decisiones es democrático.

Guyana opina que éste es un paso atrás. Nuestros esfuerzos deberían tender al fortalecimiento del multilateralismo, no a resistirlo. Debemos poner en práctica la tolerancia, promover la comprensión mutua y demostrar de esta manera por medio de la acción práctica nuestra adhesión a los principios de la coexistencia pacífica.

Hoy hago un alegato en pro del fortalecimiento de la cooperación internacional mediante la democratización del proceso de toma de decisiones en instituciones multilaterales y similares. Porque la realidad cruda es que en las condiciones de hoy - y, en realidad, las del futuro previsible - no existe un sustituto viable para la cooperación internacional asegurada por el sistema de las Naciones Unidas. La alternativa es una profundización de la crisis, el enfrentamiento y - ¿quién sabe? - quizás el caos total.

Los pueblos del mundo anhelan la paz, la libertad y el desarrollo. Como sus representantes, nosotros los dirigentes políticos hacemos frente a una responsabilidad pasmosa. Los cambios tecnológicos están expandiendo geométricamente las oportunidades de realización humana. La pregunta que surge es si existe un paralelismo entre los actuales procesos políticos de satisfacer las necesidades de la gente y las metodologías científicas de hoy para realizarlo. ¿Acaso será que el mundo está científicamente en el siglo XXI en tanto políticamente los desechos del siglo XIX siguen guiando nuestras acciones?

Espero que nosotros, dirigentes políticos, estemos aquí no sólo por la real politik de nuestros electores locales, sino también por nuestro deseo sincero y nuestro compromiso firme con el internacionalismo y con las amplias posibilidades de beneficio humano que representan una genuina cooperación multilateral.

La oportunidad de este cuadragésimo aniversario tiene una dimensión de ceremonia; pero también se debería utilizar de manera constructiva. Vivimos en tiempos graves que requieren que a nivel nacional e internacional emitamos juicios equilibrados y actuemos de forma sobria con el objetivo de asegurar la supervivencia de la especie humana y perspectivas razonables de que se cumplan las aspiraciones legítimas de los pueblos.

U Thant, el primer Secretario General de las Naciones Unidas proveniente del tercer mundo, dio un testimonio personal interesante sobre este tema. Hablando en una universidad de los Estados Unidos de América el 2 de diciembre de 1962, dijo:

"Las Naciones Unidas no representan para mí un ideal vago de paz y hermandad universal que sólo llama la atención a los idealistas y moralistas distraídos. Lejos de ello. Es el interés propio esclarecido y terco, el interés de toda la humanidad por la paz y el progreso y, lo que es más importante, la supervivencia, lo que dicta la necesidad de que las Naciones Unidas sean una representación práctica institucional de los requerimientos de las naciones en un planeta cada vez más pequeño, como instrumento potente y dinámico al servicio de todas las naciones, del Este, el Oeste, del Norte y el Sur."

El mensaje de U Thant sigue siendo igualmente pertinente en el día de hoy y yo lo apoyo de todo corazón.

Su Excelencia el Sr. Hugh Desmond Hoyte, Presidente Ejecutivo de la República de Guyana, es acompañado al abandonar la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro de Mauricio, Su Excelencia el Honorable Anerood Jugnauth.

Su Excelencia el Honorable Anerood Jugnauth, Primer Ministro de Mauricio, es acompañado a la tribuna.

Sr. JUGNAUTH (Mauricio) (interpretación del inglés): Traigo a esta Asamblea mundial el saludo y los mejores deseos del pueblo de Mauricio en oportunidad de celebrarse el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas.

En este período conmemorativo deseo reiterar, como muchos oradores anteriores, nuestro compromiso resuelto de defender los principios y propósitos de la Carta de las Naciones Unidas.

Durante los últimos días se han expresado sentimientos ambivalentes acerca de nuestra Organización. La satisfacción por los logros considerables en el campo económico, social y humanitario se ha combinado con la falta de satisfacción de la situación mundial, que dista mucho de ser la prevista por los Miembros fundadores. El compromiso formulado por los 51 Estados independientes en el momento de la creación de nuestra Organización, compartido ahora por 159 Estados Miembros, de "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra", ha adquirido un nuevo significado a la luz de los acontecimientos acaecidos desde el final de la guerra. Hoy, cuando la posibilidad de una guerra mundial amenaza con la aniquilación de la raza humana y de millones de años de evolución, se hace cada vez más urgente resolver la paradoja de la naturaleza humana, que, como el Secretario General U Thant dijo

"... proporciona a los hombres la razón para discernir el camino que prescribe el sentido y el bien comunes y les impele a marchar tenazmente en dirección opuesta a los limitados intereses egoístas, aun si esto puede conducir, en última instancia, a la autodestrucción."

Por tanto, experimentamos profunda ansiedad al ver que crecen las críticas a las Naciones Unidas para justificar la retirada de los ideales del internacionalismo. Para los cínicos de muchos países, la Organización siempre ha sido un chivo expiatorio muy conveniente a la luz de los actuales desórdenes del mundo. La crítica de las Naciones Unidas no es un fenómeno reciente. Desde su mismo comienzo, como cuando las gentes cansadas de la guerra alentaban tan elevadas expectativas y tantos anhelos, la Organización ya tenía problemas. Concebida para funcionar en base a la cooperación continua de la posguerra entre las Potencias aliadas, que desgraciadamente no sirvió mucho después de la guerra, no sorprende a nadie que la Organización mundial haya quedado paralizada en gran medida respecto de su principal papel en el mantenimiento de la paz y la seguridad. Las Naciones Unidas no son más que un espejo de la situación mundial presente, y si no nos gustan las condiciones prevalecientes en la actualidad, no debemos culpar a las Naciones Unidas. En efecto, si utilizáramos más eficazmente el mecanismo estipulado por la Carta de las Naciones Unidas, en especial los Capítulos VI y VII, y nos comprometiéramos a acatar la Carta y a defender sus principios y objetivos en

lugar de aplicar procedimientos y políticas anticuadas, el mundo sería mucho más seguro para nosotros y para las futuras generaciones.

Si bien la historia ha demostrado repetidamente que las mejores armas no garantizan una mayor seguridad, seguimos actuando igual que las generaciones pasadas y repetimos los mismos errores que ellas. Parece que la condición política y psicológica de la humanidad se encuentra siempre rezagada tras el desarrollo material. Necesitamos reconocer que no hay una solución técnica genuina y definitiva para el problema de la seguridad. Los Miembros fundadores se dieron cuenta de esto cuando redactaron las disposiciones de la Carta relativas a la acción colectiva para la paz y la seguridad. Pero, desgraciadamente, no hemos sido capaces de aplicar aquellos ideales; por el contrario, hemos vuelto hacia atrás, a los viejos reflejos condicionados de una continua fabricación de armas, tratando de encontrar el arma definitiva que ponga fin a todas las guerras. Debemos esforzarnos más que nunca por encontrar un sistema viable y efectivo de seguridad colectiva en lugar de descartar la idea como algo ingenuo o impracticable.

Los gobiernos soslayan muy a menudo el sistema de las Naciones Unidas y recurren únicamente a la Organización en situaciones de serias crisis o cuando las hostilidades ya se han iniciado. Aun en esas situaciones las Naciones Unidas sólo sirven como lugar para ampliar los conflictos en los foros de debate, y las distintas partes tratan de ganar puntos más que de encontrar soluciones. Las medidas de seguridad regional, que de acuerdo con los principios de la Carta debieran subordinarse a los acuerdos colectivos, se han hecho en verdad predominantes. Pensadas como medio de reforzar el sistema universal, el regionalismo lo ha suplantado. Las decisiones políticas más importantes de hoy en materia de paz y seguridad se toman fuera del sistema de las Naciones Unidas.

Por consiguiente, considerando que las Naciones Unidas no figuran de una manera prominente en la formulación de las políticas exteriores de muchos Estados Miembros, especialmente de aquellos cuyas decisiones son vitales para la paz y la seguridad mundiales, no debiera sorprender a nadie que nuestra Organización haya subsistido en sus primeros 40 años con deficiencias y errores aunque siendo igualmente útil, tal como lo reconocen incluso los que formulan las críticas más acerbadas.

Está más allá de toda duda que las Naciones Unidas han demostrado su utilidad varias veces en el pasado. En el orden político ha funcionado de la mejor manera en circunstancias excepcionales cuando los Miembros, especialmente los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, se alarmaron realmente ante una crisis o cuando tuvieron confianza suficiente en las Naciones Unidas dándoles autoridad para actuar. En muchas situaciones de conflicto, tal como lo señaló el Secretario General en su Memoria,

"... el Consejo de Seguridad ha moderado el curso vertiginoso de los acontecimientos, ha ganado el tiempo necesario para introducir cambios de dirección de vital importancia, ha elaborado mecanismos que han permitido resolver distintas situaciones sin menoscabo de prestigio y ha reemplazado las acciones de violencia por las deliberaciones." (A/40/1, pág. 6)

El Secretario General y su personal han servido de intermediarios para la negociación, la mediación y a veces como un eslabón de comunicación entre las partes cuyas relaciones eran de tal índole que no podía catalogarse de imparciales a un tercer Miembro o a un grupo de Estado. En todas esas situaciones las Naciones Unidas han sido el único foro para la consideración de distintas cuestiones con imparcialidad, objetividad y justicia.

Estos logros o aún los logros parciales son notorios por sí mismos si se toman en cuenta las disparidades tremendas con que han tenido que enfrentarse las Naciones Unidas desde su fundación. Sin embargo, resulta más difícil estimar o cuantificar los resultados y la opinión pública por lo general no está en condiciones de comprender determinadas situaciones, de modo que las Naciones Unidas a menudo han parecido extrañas y carentes de poder. Sin embargo, los campos en los que pueden apreciarse realizaciones concretas y casi innumerables de las Naciones Unidas son tan vastos que no sería posible aquí para nadie hacer justicia a la Organización en tan sólo unos pocos minutos.

Bajo el impulso y la iniciativa de las Naciones Unidas, millones de personas han alcanzado la libertad y se las ayuda ahora a lograr la independencia económica. Para muchos Estados recientemente independizados las Naciones Unidas y sus organismos especializados se han convertido en un factor esencial de su planificación económica. Las generaciones presentes y futuras de los países en desarrollo pueden aspirar a una alimentación, a una salud y a una educación mejores como resultado de la asistencia de las Naciones Unidas. Millones de refugiados han recibido cuidados muchas veces a pesar de las muy difíciles circunstancias políticas. Un acontecimiento importantísimo que creo no ha recibido suficiente atención de los medios de comunicación fue el anuncio reciente de la Organización Mundial de la Salud (OMS) acerca de la eliminación definitiva de la viruela, una enfermedad de antigua data que cobraba muchas vidas en todo el mundo. Igualmente significativa es la campaña de vacunación de niños en todo el mundo contra seis enfermedades mortales que todos los años cobran la vida de más de 3 millones de seres humanos.

Los logros de las Naciones Unidas en los órdenes cultural, social, jurídico y de derechos humanos son bien conocidos. Se ha emprendido un esfuerzo sostenido para preservar y salvar el patrimonio cultural de la humanidad. El derecho internacional se ha codificado en este siglo mucho más que en cualquier otro momento de la historia. La Declaración Universal de Derechos Humanos y todas las convenciones aprobadas desde entonces por las Naciones Unidas han fijado normas internacionales de conducta para todos los Gobiernos y coadyuvado a controlar las prácticas bárbaras del pasado.

Al volver la mirada y examinar nuestras vidas personales, todos tendemos a recordar de manera más vívida las penosas experiencias del pasado porque ellas son invariablemente la causa de los problemas de nuestros días. Una de las características singulares de la humanidad es que no sólo es capaz de aprender sino también de conservar lo aprendido para las generaciones futuras. Esta generación más que ninguna otra en la historia tiene a su disposición un enorme acervo de conocimientos en todos los campos imaginables. Hoy podemos encontrar solución a prácticamente todos los problemas; sólo se necesitan tiempo y dinero. Esta Organización ha sido la depositaria de una gran cantidad de conocimientos necesarios para esas soluciones. Está a nuestro alcance legar a nuestros niños experiencias dolorosas o, si sobreviven, liberarlos, de los tormentos del mundo actual.

Su Excelencia el Honorable Anerood Jugnauth, Primer Ministro de Mauricio, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro del Reino de Dinamarca, Su Excelencia el Sr. Poul Schlütter.

Su Excelencia el Sr. Poul Schlütter, Primer Ministro del Reino de Dinamarca, es acompañado a la tribuna.

Sr. SCHLUTTER (Dinamarca) (interpretación del inglés): Para Dinamarca el apoyo a las Naciones Unidas ha sido la piedra fundamental de su política exterior desde que nos unimos a la Organización como Miembro fundador en 1945. Me alegra ver a tantos Jefes de Estado o de Gobierno en Nueva York con motivo de esta celebración del cuadragésimo aniversario de la Organización. Los dirigentes aquí presentes dan a la Organización sus recursos más valiosos: su tiempo y su atención. Todos nosotros tenemos la obligación de aprovechar esta oportunidad extraordinaria de una manera constructiva. Ojalá que esta sea también una reunión en que juegan los pensamientos.

El cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas con toda razón se celebra en todo el mundo. Dicho aniversario destaca dos temas importantes como base para la acción futura: en primer lugar, tomar nota de los logros y de los fracasos de las Naciones Unidas en la etapa actual; segundo, renovar nuestro compromiso con los principios de la Carta.

Es inevitable que la contribución de las Naciones Unidas a la solución de los numerosos problemas que enfrenta la comunidad internacional ha de medirse contra las esperanzas y las expectativas de los fundadores. Inevitablemente habrá desilusión cuando los resultados alcanzados se examinen sobre la base de ese antecedente.

En la esfera de la paz y la seguridad internacionales, en especial, se dice a menudo que ha sido demasiado modesto el progreso hacia un sistema confiable de seguridad colectiva. Es verdad que los años transcurridos desde 1945 han asistido a una trágica sucesión de crisis, guerras y conflictos en muchas partes del mundo. En otros lugares se ha preservado la paz, pero por medios que no pueden aceptarse a largo plazo. Ultimamente el mal del terrorismo ha añadido una nueva dimensión al concepto de seguridad internacional.

Estas características negativas, sin embargo, no representan el cuadro completo y debemos tener cuidado de no formarnos una perspectiva limitada. Las Naciones Unidas se han adaptado a circunstancias cambiantes y difíciles al enviar fuerzas de mantenimiento de la paz a zonas de conflicto, dando a las partes una pautas para reflexionar. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hace una semanas, condenó en forma unánime "el terrorismo en todas sus formas, dondequiera y quienquiera que lo cometa". (S/PV.2618, pág.2)

Por lo tanto, debemos seguir siendo críticos; debemos perseguir objetivos elevados y expresar las desilusiones, pero no debemos pasar de la desilusión a la frustración y a la indiferencia; tenemos que preservar lo que tan difícilmente se ha elaborado.

En el mundo actual, las Naciones Unidas siguen siendo indispensables. Se trata de una Organización que puede expresar las aspiraciones comunes de la humanidad en lo que se refiere a la evolución del acontecer mundial. En varias esferas, las Naciones Unidas han logrado fijar nuevas normas sobre el comportamiento de los Estados. Al concentrarse en conceptos económicos y en la inadmisibilidad de la agresión, el respeto por los derechos individuales, la legitimidad de las aspiraciones a la independencia nacional y el desarrollo económico, esta Asamblea debe dar a los pueblos del mundo nuevas normas para medir la conducta interna y externa de los gobiernos. Al mismo tiempo, la labor de las Naciones Unidas debería unir a la opinión pública de nuestras propias sociedades para apoyar los objetivos de la Organización.

Las Naciones Unidas constituyen el marco más importante para la cooperación internacional en favor del desarrollo, esfera en la cual ha alcanzado resultados extraordinarios. La Carta estipula claramente la necesidad de utilizar el mecanismo internacional para la promoción económica y social de todos los pueblos, reconociendo la vinculación que existe entre el desarrollo económico y social y la igualdad, por una parte, y la paz y la seguridad internacionales, por la otra.

A las preocupaciones humanitarias se ha unido el creciente reconocimiento de la interdependencia fundamental de todas las naciones de este planeta.

Si bien se han logrado grandes progresos, la brecha entre países desarrollados y países en desarrollo sigue existiendo y los problemas de algunos países han empeorado en los últimos años. Es cada vez mayor la necesidad de una cooperación

para el desarrollo internacional. Sin la transferencia de recursos, conocimientos y habilidades, muchos países en desarrollo no podrán alcanzar sus aspiraciones económicas y sociales.

El apoyo firme de mi país, tanto en hechos como en palabras, a las actividades de las Naciones Unidas y sus organismos subsidiarios en el campo económico, social y técnico es bien conocido. Dinamarca ha superado la meta del 0,7% del producto interno bruto para la asistencia oficial para el desarrollo. Pensamos llegar a la meta del 1% en unos pocos años.

En los últimos años, las Naciones Unidas han desempeñado un papel clave en el proceso de descolonización, uno de los logros más importantes de la comunidad internacional. El proceso casi ha concluido, aunque todavía la evolución hacia la libre determinación e igualdad de todos los pueblos no ha podido echar raíces en Namibia. Mi Gobierno atribuye gran importancia a los esfuerzos decididos de las Naciones Unidas para garantizar que Namibia adquiera rápidamente su independencia.

Las Naciones Unidas son indispensables para la promoción del respeto de los derechos humanos, que se violan en muchas partes del mundo. La persistencia del apartheid, en especial, es una afrenta para la conciencia de toda la comunidad internacional.

En la Carta, los derechos humanos ocupan un lugar prominente y las disposiciones de la misma han sido fortalecidas mediante la aprobación de declaraciones y convenciones sobre el tema. Lo que aún se requiere es la realización plena de los derechos fundamentales del individuo y la aplicación efectiva a nivel internacional de medidas para asegurar su respeto. Es responsabilidad de los gobiernos respetar y asegurar la realización de los derechos humanos. Sin embargo, esta responsabilidad no puede ser plenamente efectiva hasta tanto los individuos no puedan recurrir a instituciones en sus propios países para proteger sus derechos individuales.

El respeto de los derechos humanos, la reducción de la tirantez entre el Este y el Oeste en torno a los problemas regionales y la limitación de la carrera de armamentos quizás sean los mayores desafíos en el ámbito político. No puedo intervenir aquí hoy sin hacer referencia a la reunión que han de celebrar el Presidente Reagan y el Secretario General Gorbachev, respecto a la cual abrigamos sinceras esperanzas.

Todos conocemos la importancia enorme de esta reunión. Necesariamente tendrá profundas repercusiones en casi todos los aspectos del acontecer mundial. Debemos manifestar nuestra esperanza pero, en forma realista, no podemos esperar que sea más que un comienzo, aunque tiene que demostrar ser eso.

Los problemas que enfrenta hoy la humanidad son de carácter mundial. Por lo tanto, es esencial que todas las naciones que forman la comunidad internacional participen también en la elaboración de las soluciones. Sólo en una organización realmente universal puede producirse el diálogo necesario y la comunicación entre todos los Estados. Por eso, el principio fundamental de la universalidad tiene que ser siempre una característica básica de las Naciones Unidas. Si ponemos en peligro este principio, vamos a comprometer la capacidad de nuestra Organización para alcanzar sus propósitos.

Para que las Naciones Unidas tengan éxito es fundamental que se aprovechen todas sus posibilidades en forma completa, eficaz y apropiada. Muchos resultados que han obtenido las Naciones Unidas en estos 40 años han sido fruto del esfuerzo abnegado de expertos muy competentes, con los auspicios de las conferencias u organismos especializados. Debemos preservar esta organización productiva de nuestros trabajos. No pongamos en peligro la labor de las conferencias y los organismos especializados explotándolos para satisfacer objetivos políticos que, en todo caso, sólo pueden alcanzarse en los foros pertinentes.

Los años transcurridos desde que se fundaron las Naciones Unidas han sido años de cambios fundamentales y cada vez más rápidos. Es más evidente que nunca que ninguna nación puede obtener la seguridad o la prosperidad estable por sí sola y que no es posible desconocer las relaciones que nos unen y hacen del nuestro un mundo de interdependencia global.

La generación de nuestros padres creó a las Naciones Unidas para ayudarnos a enfrentar los desafíos y aprovechar las oportunidades. Realicemos esa tarea para dar a nuestros hijos un mundo mejor.

Su Excelencia el Sr. Poul Schlütter, Primer Ministro del Reino de Dinamarca, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro del Japón, Su Excelencia el Sr. Yasuhiro Nakasone.

Su Excelencia el Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón, es acompañado a la tribuna.

Sr. NAKASONE (Japón) (texto en español, facilitado por la delegación, del discurso pronunciado en japonés): En nombre del pueblo del Japón y de su Gobierno, deseo expresar en primer lugar mis felicitaciones a las Naciones Unidas por su cuadragésimo aniversario.

Antes de comenzar los comentarios que he preparado, quiero también hacer llegar las más sentidas condolencias de mi nación a México. Por haber sufrido nosotros también serios terremotos, los japoneses acompañamos al pueblo de México en su dolor y sufrimiento.

Cuando se firmó la Carta de las Naciones Unidas en San Francisco, el 26 de junio de 1945, el Japón estaba librando una guerra desesperada y solitaria contra más de 40 países aliados. Desde el fin de esa guerra, el Japón ha lamentado profundamente el ultranacionalismo y militarismo que desencadenó y el indescriptible sufrimiento que la guerra infligió a tantos pueblos del mundo y, en verdad, a su propio pueblo.

Al tratar de reconstruir su patria, el pueblo japonés, al mismo tiempo que respetaba sus propias tradiciones y cultura distintiva, abrazó ávidamente los valores humanos universales y fundamentales - a saber, la libertad, la democracia y los derechos humanos - y formuló una nueva constitución en base a estas verdades.

El Japón se ha prometido a sí mismo y al mundo mantenerse como Estado pacífico que posee la capacidad de defenderse solamente y no convertirse nunca más en una

Potencia militar. Por haber sufrido el azote de la guerra y de la bomba atómica, el pueblo japonés nunca volverá a permitir el renacimiento del militarismo en su suelo.

Estos principios básicos de la política japonesa se identifican con los elevados propósitos y principios enunciados en la Carta de las Naciones Unidas. El Japón fue admitido a esta Organización como su octogésimo Estado Miembro en diciembre de 1956, 11 años después del fin de la guerra, oportunidad en que la bandera japonesa pudo izarse finalmente frente a esta Sede de las Naciones Unidas.

Desde que se unió a esta Organización, el Japón ha hecho de las Naciones Unidas uno de los pilares centrales de su política exterior y ha procurado la paz y la prosperidad del país dentro del contexto más amplio de la paz y la prosperidad globales.

Nuestro compromiso resulta evidente, en primer lugar, en nuestros esfuerzos por promover la paz y el desarme mundial, especialmente para desterrar las armas nucleares de nuestro planeta.

Por ser el único pueblo en la historia que ha sufrido la devastación de la bomba atómica, como ocurrió en Hiroshima y Nagasaki, el pueblo japonés ha pedido insistentemente la eliminación de las armas nucleares. La energía nuclear debería utilizarse exclusivamente para fines pacíficos; nunca más se la deberá emplear como un medio de destrucción.

Los Estados que poseen armas nucleares deberían escuchar atentamente los urgentes llamamientos del mundo en cuanto a la eliminación de las armas nucleares.

En este sentido, debo decir que los dirigentes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética tienen responsabilidades particularmente graves. Los dirigentes de estos dos países deberían presentar claramente ante todos los pueblos del mundo las medidas que se proponen tomar, mientras mantienen un equilibrio adecuado, para reducir drásticamente sus arsenales nucleares y finalmente eliminar esas armas, que podrían extinguir toda la vida sobre la Tierra y transformar el único hogar de la humanidad en un planeta muerto.

Tengo muchas esperanzas de que los Estados Unidos y la Unión Soviética negocien con paciencia y dedicación en sus actuales conversaciones bilaterales sobre el desarme en Ginebra y en su próxima reunión cumbre de noviembre, para que todos los pueblos del mundo puedan verse libres de la amenaza nuclear.

El Japón ha destacado desde hace mucho tiempo la necesidad de una prohibición global de las pruebas nucleares como elemento fundamental para el desarme nuclear.

A modo de enfoque práctico para lograr esa prohibición global, hemos propuesto una fórmula detallada para ir reduciendo firmemente la envergadura de los ensayos nucleares. Espero sinceramente que esta propuesta y todos los otros medios posibles se pongan en práctica para lograr una prohibición efectiva de las pruebas nucleares. Al mismo tiempo, el Japón considera necesario reforzar el régimen del Tratado sobre la no proliferación. Exhorto enfáticamente a todos los países que todavía no forman parte del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares a que accedan a él lo antes posible.

La reducción de las reservas de armas convencionales también es esencial. Los numerosos conflictos armados que infligen hoy terribles sufrimientos a los pueblos de varias regiones del mundo, se están librando con armas convencionales. En su carácter de nación dedicada a la paz, el Japón ha mantenido firmemente una política general de abstenerse de exportar armas. El control de la transferencia de armas convencionales a través de las fronteras nacionales es esencial para evitar el comienzo e intensificación de los conflictos internacionales. Otras tareas fundamentales son la prohibición y eliminación de las armas químicas y la prevención de la carrera de armamentos en el espacio.

El estancamiento que padecen el control de las armas y el desarme es atribuible básicamente a la desconfianza entre Oriente y Occidente. Ya han pasado casi 40 años desde que el muro de desconfianza, que el Primer Ministro del Reino Unido Sir Winston Churchill caracterizó como la Cortina de Hierro, se hizo evidente; ya es hora de que quede totalmente desmantelado.

También estoy profundamente preocupado por los conflictos regionales que hacen estragos en el Oriente Medio, el Asia, el Africa, América Central y otros lugares que, si se dejan librados a sí mismos, podrían desencadenar una gran guerra. El Japón ha estado tratando de crear un clima conducente a la resolución temprana de estos conflictos en base a los principios del derecho internacional, tales como la coexistencia pacífica, la autodeterminación de los pueblos y la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados, así como también en base al espíritu de buenas relaciones y amistad entre vecinos. En Asia, estos principios y este espíritu se materializaron en la Declaración de Bandung de 10 puntos, de 1955. Creo que estos principios tienen un valor universal para lograr justicia y equidad en la política internacional.

Exijo enfáticamente la abolición del apartheid en Sudáfrica. Igualmente, el Japón espera que Namibia pueda lograr su independencia lo antes posible, de acuerdo con las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad.

La posición del Japón favorable a la paz y la prosperidad del mundo se hace también patente en sus esfuerzos por fomentar el libre comercio y cooperar con los países en vías de desarrollo.

A raíz de las acerbadas experiencias de la década de 1930, el libre comercio se ha fomentado entre las naciones como principio rector de la economía mundial de posguerra. Sin embargo, el libre comercio es tan frágil como el cristal y si no se toman las debidas precauciones basta la más ligera sacudida para hacerlo aficos. Como el libre comercio se basa en la competencia, es inevitable que perjudique a ciertas industrias de todos los países. Sin embargo, si los países se limitan a aplicar políticas nacionales pro domo sua para tratar de evitar estos perjuicios, es obvio que se derrumbara toda la estructura del libre comercio.

Actuando como un poderoso estupefaciente, el proteccionismo puede causar una sensación temporal de bienestar en las industrias que pretende proteger, pero no sólo debilita la vitalidad de sus usuarios, sino que también engendra más proteccionismo, lo que sólo puede conducir a que la economía mundial entre en un estado de coma.

Por lo tanto, es imperioso que volvamos a empeñarnos en resistir el señuelo del proteccionismo y en preservar y fortalecer el sistema de libre comercio.

Como creemos que obras son amores, estamos poniendo en práctica un dinámico programa para hacer del mercado japonés uno de los más abiertos del mundo. También hemos bregado por el comienzo de una nueva rueda de negociaciones multilaterales de comercio dentro del marco del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio. Esperamos que los representantes hoy aquí reunidos comprendan este esfuerzo y le presten su apoyo a fin de que estas negociaciones puedan iniciarse lo antes posible y dar frutos.

Es obvio que el progreso de los países en desarrollo es indispensable para que la economía mundial se desarrolle en forma saludable.

El Japón, que hace sólo 100 años era también un país en desarrollo, ha logrado modernizarse e industrializarse con el apoyo de muchos países adelantados. Eso nos hace comprender muy bien las aspiraciones y las frustraciones que experimentan los países en desarrollo.

Hoy le toca al Japón ayudar a otros, y creemos que nuestro país tiene un deber moral y una importante responsabilidad internacional en emplear su poderío económico, su tecnología y su experiencia para ayudar a los países en desarrollo en sus esfuerzos de reconstrucción nacional y de promoción de sus recursos humanos.

Hace ya tiempo que recordamos al pueblo del Japón y a los pueblos de otros países industrializados que no puede haber prosperidad para el Norte si no la hay para el Sur. Estamos firmemente convencidos de que ésta es una verdad, y creemos que el Japón tiene la importante misión mundial de servir como puente entre el Norte y el Sur.

El Japón ha puesto en práctica en dos oportunidades programas para duplicar su asistencia oficial al desarrollo, y el tercer programa a mediano plazo, que se acaba de aprobar, dispone que se continúe aumentando esa asistencia al desarrollo. De acuerdo con ese programa, que entrará en vigencia en 1986, el Japón tratará de elevar el monto total de su asistencia oficial al desarrollo correspondiente a los siete años que van entre 1986 y 1992 a más de 40.000 millones de dólares, y tratará de duplicar el nivel de desembolso de 1992 con respecto al de 1985. Por consiguiente, el Japón irá aumentando sus subvenciones bilaterales, su asistencia multilateral y sus préstamos en yens en un esfuerzo decidido por alcanzar los objetivos del programa.

La preocupación del Japón por la paz y la prosperidad mundial queda de manifiesto también en su cooperación con los pueblos del mundo en el desarrollo de la cultura y la civilización.

La cultura es la principal característica del ser humano, y creemos que el objetivo de la política es contribuir al desarrollo de la cultura. Siguiendo este punto de vista, hemos hecho especial hincapié en la política nacional de la educación, el conocimiento, las artes, la ciencia, la tecnología y el medio ambiente, todo lo cual contribuye al enriquecimiento de la cultura. Estos esfuerzos también son cada vez más importantes en la comunidad internacional.

Los intercambios internacionales de ciencia y tecnología, arte, deportes, conocimiento y otros campos proveen un apoyo indispensable para la paz y la creatividad cultural. Debemos obtener un aprovechamiento óptimo de los notables adelantos que se están realizando en los transportes, las comunicaciones y el proceso de la información, para disminuir e inclusive eliminar los muros que separan a los pueblos del mundo. Debemos fomentar más intercambios internacionales entre los pueblos, guardando el mayor respeto por los derechos humanos de todos los pueblos y, de esta manera, construir una verdadera civilización mundial pacífica. Creemos que el éxito en el mantenimiento de la paz depende nada menos que de la conciencia colectiva de la humanidad y del nivel de los intercambios culturales entre los pueblos.

Como nación empeñada en la paz y el desarrollo de la cultura, desde el momento en que fuera admitido en esta Organización, el Japón ha cooperado fiel y vigorosamente en sus actividades, proporcionándole apoyo financiero, información y personal. Nos proponemos reforzar nuestro apoyo, prestando especial atención a las cuestiones del medio ambiente, la población y la salud.

Fieles al espíritu de su Carta, las Naciones Unidas se han afanado durante 40 años por responder a los cambios de la situación internacional. Mirando hacia el siglo XXI, no debemos empequeñecernos ante la tarea de examinar y mejorar constantemente las actividades de nuestras Naciones Unidas con el fin de alcanzar el máximo de eficiencia.

El Japón está dispuesto a cooperar con todos los medios a su alcance a este respecto. Con ese espíritu, el Ministro de Relaciones Exteriores del Japón, Sr. Abe, propuso el mes pasado ante esta Asamblea General que se estableciera un Grupo de Personas Eminentes para estudiar los modos de hacer de las Naciones Unidas una organización más eficaz. Exhortamos vehementemente a todas las delegaciones aquí reunidas hoy a que presten su apoyo a esta propuesta.

Nuestra generación está destruyendo peligrosamente el medio ambiente natural que ha evolucionado durante el transcurso de millones de años y que es esencial para nuestra supervivencia. El suelo, el agua, el aire, la flora y la fauna del planeta están sufriendo los ataques más bárbaros desde que se creara la Tierra, en una locura que sólo puede tildarse de suicida.

Es trágico que en muchas regiones del mundo el hambre cobre todos los días las vidas preciosas de miles de seres humanos, la mayoría de ellos niños, que constituyen la mayor esperanza del futuro. La desnutrición y otras penurias obstaculizan el crecimiento físico y el desarrollo mental sano de innumerables personas en otras partes del mundo, a tal punto que algunas regiones corren el riesgo de perder a toda una generación.

Para preservar este planeta insustituible y asegurar la supervivencia de la humanidad, debemos crear una nueva ética mundial e inventar sistemas para apoyarla. Actuemos hoy para que los historiadores del futuro puedan observar los años finales del siglo XX como la era en que se logró por primera vez la coexistencia y el respeto mutuo entre todos los pueblos y en que el ser humano conquistó el equilibrio con la naturaleza.

Los japoneses derivamos nuestras creencias y filosofía de tradiciones que recibimos de nuestros antepasados a lo largo de miles de años y de influencias posteriores del confucianismo y el budismo. Una de las bases de nuestra filosofía es el concepto de que el ser humano nace por la gracia del gran universo. Los poetas japoneses de toda la historia han expresado este concepto en sus composiciones. Siguiendo esta tradición, una noche compuse este haiku o poema:

"Lejos y alto en el cielo oscuro
e interminable corre la Vía Láctea
hacia un lugar de mis orígenes."

Los japoneses creemos por lo general que el gran universo natural es nuestro hogar y que todas las cosas vivas deben existir en armonía con el universo natural. Creemos que todas las cosas vivas - seres humanos, animales, árboles, hierbas - son esencialmente hermanos.

Dudamos que esta filosofía sea privativa de los japoneses. Creemos que una mejor comprensión de ella podría contribuir en mucho a la creación de los valores universales para nuestra comunidad internacional.

La capacidad de creatividad humana está distribuida en forma uniforme entre todos los pueblos de todas las tierras, y todas las diferentes creencias religiosas y tradiciones artísticas del mundo son igualmente únicas y valiosas. Estamos convencidos de que el punto de partida para la paz mundial es el reconocimiento de esta diversidad de la cultura humana y una humilde actitud de aprecio y respeto mutuos.

Si todos pudiéramos comenzar con esta actitud, entonces creo que todas las culturas y civilizaciones del mundo progresarían, y que podríamos crear una nueva civilización global verdaderamente armoniosa para toda la humanidad.

¿Acaso no son las Naciones Unidas el vehículo perfecto para fomentar esta apreciación y respeto mutuos, y para construir una nueva y armoniosa civilización para el siglo XXI?

El año próximo, el cometa Halley llegará al punto más cercano a la Tierra en 76 años. ¿Qué cambios han tenido lugar en la Tierra desde el último acercamiento del cometa? La ciencia y la tecnología han avanzado ciertamente mucho más allá de los sueños más fantásticos de la gente de aquella época. A través de los cohetes exploratorios lanzados por el Japón y otros países, estamos a punto de penetrar los secretos de este misterioso cometa que ha desconcertado a la humanidad a través de la historia.

Durante los últimos 75 años, el colonialismo se ha erradicado casi completamente de la Tierra, el número de Estados independientes que han logrado la libre determinación se ha multiplicado y el respeto por la libertad y la dignidad humana se ha difundido mucho más que antes. Sin embargo, a través del progreso científico el ser humano ha creado un terrible monstruo, la bomba de hidrógeno, y hemos llegado a un punto en que, con la ingeniería genética, la dignidad de la propia vida humana se ve amenazada.

En realidad, ¿no es la situación actual de la humanidad, amenazada por "átomos" desde afuera y desde adentro, más precaria que nunca? ¿No estamos sufriendo más que nunca el hambre, la violencia, la discriminación y los estragos de los estupefacientes? ¿No estamos destruyendo nuestro medio ambiente en una escala sin precedentes, y tal vez poniendo en peligro la supervivencia de toda la vida en el planeta?

Como líder político no puedo evitar un profundo sentido de responsabilidad por la situación que estoy presenciando. Por ello, les pido a los representantes que se unan a mí en un compromiso. Comprometámonos a trabajar juntos para que, en la mitad del próximo siglo, cuando el cometa Halley complete otra órbita y pase otra vez por los alrededores de nuestro planeta, nuestros hijos y nietos, tras haber abolido completamente las armas nucleares y logrado el desarme general, puedan

mirarlo y decir que la Tierra es una sola, y que la humanidad en todas partes está coexistiendo en armonía y trabajando por el bienestar de toda la vida en este globo verdeante.

El Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Primer Ministro del Reino de Marruecos, Su Excelencia el Sr. Karim Lamrani.

El Sr. Karim Lamrani, Primer Ministro del Reino de Marruecos, es acompañado a la tribuna.

Sr. LAMRANI (Marruecos) (interpretación del francés): Sr. Presidente: Tengo el insigne honor de dar lectura al mensaje de Su Majestad Hassan II, Rey de Marruecos, dirigido a esta Asamblea General:

"Hace un poco más de dos años tuve el honor de dirigirme a ustedes en nombre de mi país, el Reino de Marruecos, para hablarles de algunos problemas que entonces preocupaban a la opinión pública internacional. Hoy me siento feliz por esta ocasión que se me ofrece para dirigirme a ustedes de nuevo en nombre de mi país y de mi pueblo, esperando que este mensaje arroje suficiente luz sobre un asunto vital para mi país, de manera que puedan estar ampliamente informados de los datos de la cuestión y su evolución.

Espero, igualmente, que las proposiciones que se van a presentar en este mensaje contribuyan eficazmente a resolver y a encontrar una solución justa y definitiva.

Este asunto, que será el tema exclusivo de mi mensaje es, como ustedes saben, el que se ha convenido en llamar "la cuestión del Sáhara Occidental". A este respecto, parece necesario recordar algunas incontestables verdades para aclarar los aspectos del problema.

El Reino de Marruecos, que las convenciones y tratados internacionales reconocían como país independiente y soberano en toda la extensión de su territorio nacional, se vio desmembrado, a causa de la codicia de las Potencias coloniales, en varias zonas de influencia: francesa, española, e internacional. Este estado de cosas duró todo el tiempo en que Marruecos estuvo privado de su independencia.

Cuando mi país recobró su soberanía después de una larga y encarnizada lucha llevada a cabo por su Rey y su pueblo, se empeñó en la reünificación de su territorio emprendiendo con este fin negociaciones con las Potencias ocupantes. De esta manera, pudo recuperar sucesivamente la zona de influencia francesa, la zona de influencia española y, luego, la zona internacional de Tánger. Sin embargo, otras partes de nuestro territorio, tanto en el sur como en el norte, quedaron bajo ocupación extranjera. Se realizaron negociaciones con España para su restitución, y es así como pudimos recuperar en 1958 la provincia de Tarfaya.

Luego, tuvimos que dirigirnos a las Naciones Unidas para pedirles que tomaran las medidas necesarias para poner fin a la colonización de Sidi Ifni, Saguiet el Hamra y Uad Ed-dahab cuya devolución a Marruecos rechazaba el Gobierno español.

Once años después de la restitución de la provincia de Tarfaya, España mostró cierta comprensión al restituirnos Sidi Ifni. No obstante, siguió rechazando el abandono de Saguiet El Hamra y Uad Ed-dahab, es decir, las dos provincias que forman lo que se llama "Sáhara Occidental".

Algunas maniobras estuvieron a punto de poner en peligro nuestros derechos y comprometer nuestras gestiones y los esfuerzos que en todo momento desplegábamos con el fin de garantizar su salvaguardia.

Para frustrar esas maniobras, pedimos a las Naciones Unidas que sometieran a la Corte Internacional de Justicia el litigio que nos oponía a España. Las Naciones Unidas, habiendo reconocido la legitimidad de nuestra demanda, nos dio la razón y pidió a la Corte Internacional de Justicia una opinión consultiva sobre preguntas precisas.

Luego, la Corte Internacional de Justicia emitió su opinión de que reconocía la existencia de lazos jurídicos entre Marruecos y el Sáhara, así como la existencia de vínculos de lealtad entre las tribus saharianas y el Rey de Marruecos.

De este modo y después de un período bastante largo, y habiendo dado pruebas de paciencia y perseverancia, hemos podido recuperar algunas partes de nuestro territorio por vías pacíficas que privilegiaban la negociación y el diálogo.

Por otra parte, y en el momento en que Marruecos reivindicaba la restitución de sus territorios expoliados llevando a cabo negociaciones o dirigiéndose a las instancias competentes para hacer constar sus derechos, los adversarios de nuestra integridad territorial estaban ausentes de la escena y carecían de voz en el seno de las organizaciones internacionales, donde de ninguna manera se habían manifestado nunca.

Una vez que nos sentimos satisfechos, pensamos que iba a abrirse una nueva era que nos permitiría consagrarnos sin inquietudes a las obras de desarrollo y edificación. Pero los adversarios de nuestra integridad territorial, descontentos por el éxito que había coronado nuestros esfuerzos por recuperar nuestros territorios expoliados, desataron contra nosotros una guerra multifacética en la que han utilizado material pesado y armas muy modernas y, al mismo tiempo, emprendieron contra nosotros violentos ataques ante las instancias internacionales donde intentaban ganar adeptos para su tesis absurda. De este modo, intentaban desviarnos del objetivo que nos habíamos fijado de garantizar el adelanto y el progreso de las provincias saharauíes recuperadas.

Argelia ha sido la parte más involucrada en esta empresa agresiva, poniendo su territorio, sus medios financieros y su material militar a disposición de nuestros agresores, a quienes había entrenado y armado sin tener en cuenta para nada los vínculos de buena vecindad que la unían a Marruecos ni las obligaciones implícitas de tal vecindad.

Ante esta agresión característica desplegada a lo largo de varios frentes, Marruecos se limitó a defender su territorio contra las agresiones de que era objeto y a combatir los efectos de la calumnia y de las afirmaciones falaces, evitando así todo cuanto pudiera propiciar una escalada o agravación de la crisis. De esta manera demostraba una vez más su preferencia por el diálogo, por los medios pacíficos y por la causa de la paz.

Con el deseo de defender el presente y el futuro de Africa y responder a los llamamientos hechos por Jefes de Estado africanos, árabes y europeos, amigos de Marruecos, dí un paso decisivo, en nombre de mi país, por la senda que debe poner término a la tirantéz en el noroeste africano, demostrando así que Marruecos estaba decidido a obrar con firme voluntad política para conseguir que la paz y la seguridad volvieran a reinar en nuestra región.

Este paso quedó reflejado en la iniciativa que tomé en 1981, durante la celebración de la Conferencia en la Cumbre africana, celebrada en Nairobi, cuando en nombre de Marruecos y por boca de su máxima autoridad anuncié que aceptaba organizar un referéndum que diera la oportunidad de libre determinación al Sáhara Occidental.

Esa propuesta fue aprobada por unanimidad en la Cumbre, donde se creó enseguida un Comité de implementación constituido por Jefes de Estado que debía tomar las medidas necesarias para la organización del referéndum que acababa de aprobarse. Más adelante volví otra vez a Nairobi para participar en la labor del primer período de sesiones del Comité de implementación, en el curso del cual se definieron los medios y arbitrios, así como las condiciones necesarias para que la consulta a los habitantes del Sáhara fuese válida. En esa oportunidad dí mi aprobación tanto a los medios y arbitrios como a las modalidades fijadas sin reserva ni vacilación algunas.

Los adversarios de nuestra integridad territorial temieron por el giro que tomaba la cuestión del Sáhara, persuadidos como estaban entonces, y siguen estándolo ahora, de que el resultado del referéndum sería contrario a su tesis y que la consulta a la población saharauí les iba a infligir una acerbada derrota. Hicieron así cuanto les fue posible para entorpecer la organización del referéndum y multiplicaron los obstáculos en su camino. Creyeron poder lograr sus propósitos exigiendo que se admitiera a una entidad ficticia en el seno de la Organización de la Unidad Africana (OUA), de la misma manera que imaginaron poder alcanzar uno de sus principales objetivos incitando a sus aliados y exigiéndoles que pidieran la apertura de negociaciones directas entre Marruecos y los mercenarios.

La entidad ficticia a la que me he referido fue admitida en el seno de la OUA y Marruecos se retiró de esa organización en protesta por la violación de su carta y en defensa de la legalidad y de los valores éticos y morales, sin los cuales las relaciones internacionales carecerían de todo fundamento.

Asimismo, Marruecos se ha opuesto categóricamente a entrar en negociaciones directas - que sus adversarios pretendían imponerle - porque no quería permitir de esta manera a un puñado de mercenarios sin representatividad alguna que adquiriesen una legitimidad y una credibilidad que sólo es posible mediante el referéndum.

Los habitantes del Sáhara Occidental llevan una vida apacible y tranquila en toda la extensión de ese territorio. Al presenciar el progreso y el desarrollo económico, social y cultural cotidiano que experimentan sus provincias, se sienten complacidos con esta evolución provechosa que se

produce en su región y experimentan una gran alegría al ver cómo sus provincias participan en la vida nacional marroquí sin restricción alguna.

Hace algunos meses visité esas provincias, y sus habitantes, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, me prodigaron una acogida cálida y entusiasta raramente igualada que me emocionó profundamente.

Los observadores políticos extranjeros que siguieron el desarrollo de mi visita vieron en esa acogida un verdadero referéndum mediante el cual la población saharauí manifestó su libre determinación y confirmó su fidelidad al Rey de Marruecos y su identidad con la patria marroquí. Si yo mismo no estuviese firmemente decidido a respetar la decisión que se tome como consecuencia de mi propuesta y a cumplir con el compromiso que he reiterado tantas veces, especialmente en el discurso que pronuncié hace dos años ante esta Asamblea, me habría sentido inclinado a considerar que esos sentimientos rebotantes de amor, adhesión y fidelidad que, a través de mi persona, quedaban depositados en el símbolo que yo represento, eran la manifestación de una evidente voluntad política que hacía innecesario recurrir a cualquier otra forma de expresión.

Hoy día reafirmo una vez más ante ustedes el compromiso de aceptar, por una parte, la organización de un referéndum para la libre determinación del Sáhara Occidental y, por la otra, el resultado de dicho referéndum, cualquiera que este fuese.

Hoy me siento verdaderamente complacido de adoptar ante ustedes no un solo compromiso sino dos.

El primero consiste en respetar la cesación del fuego que Marruecos ha decidido proclamar unilateralmente a partir de este mismo instante y al cual no renunciará más que en caso de agresión contra los territorios que se encuentran bajo su responsabilidad, en cuyo caso estaría autorizado a hacer uso de su derecho a la legítima defensa. Por lo tanto, Marruecos está dispuesto a recibir a todos los observadores neutrales que deseen comprobar esta cesación del fuego sobre el terreno.

El segundo compromiso concierne a la disposición de Marruecos de aceptar la organización de un referéndum en el Sáhara bajo los auspicios y el control de las Naciones Unidas, a partir de principios de enero del año próximo.

Las Naciones Unidas quedan, por supuesto, en libertad de pedir en cualquier momento el concurso de alguna organización regional capaz de prestarle ayuda en el cumplimiento de esta misión.

En lo que concierne a este falso problema del Sáhara, lo importante es encontrarle una solución por el único medio eficaz que pueda zanjar el litigio y poner término definitivamente a cualquier controversia. Ese medio es la consulta a los habitantes del Sáhara por medio de un referéndum.

Si las Naciones Unidas proceden a realizar esta consulta en la fecha propuesta habrán dado un paso positivo y aportado una notable contribución a los esfuerzos por lograr un mundo mejor.

Las Naciones Unidas celebran hoy su cuadragésimo aniversario. Su creación, después de los años sombríos que el mundo acababa de atravesar, suscitó enormes esperanzas y los hombres de todas las tendencias y de todos los continentes encontraron por fin el instrumento más eficaz y más apropiado para servir a la paz, la justicia y la estabilidad.

¿Puede encontrarse acaso una oportunidad mejor que la que brinda este cuadragésimo aniversario para que nuestra Organización demuestre al mundo no sólo su inquebrantable apego a sus grandes ideales sino también, y sobre todo, su firme determinación a hacer todo lo posible por realizarlos y concretarlos por el medio más democrático y más noble disponible, es decir, el reconocimiento del derecho de los hombres a elegir libremente su destino?

El PRESIDENTE: El próximo orador es Su Excelencia el Comodoro Ebitu Ukiwe, Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República Federal de Nigeria.

El Comodoro Ebitu Ukiwe, Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República Federal de Nigeria, es acompañado a la tribuna.

Comodoro UKIWE (Nigeria) (interpretación del inglés): Es apropiado que en este período de sesiones de la Asamblea General conmemoremos el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas. Mañana harán exactamente 40 años desde que la Carta que fue firmada en San Francisco el 26 de junio de 1945 por las 50 naciones fundadoras entró en vigencia. Cuando se fundaron las Naciones Unidas, la humanidad acababa de ser testigo de la tragedia de una guerra mundial que había dejado decenas de millones de muertos y heridos y a muchos otros millones sin hogar. La Carta de la Organización fue un indicio de una visión noble del mundo, en la cual la fuerza armada no se usaría sino en beneficio del interés común, un mundo en el cual la cooperación internacional en pro del bien común estaría a la orden del día.

Ningún observador de la situación mundial actual puede evitar llegar a la conclusión de que la visión de 1945 está lejos de haberse convertido en realidad. Sin embargo, ningún análisis objetivo puede tampoco dejar de apreciar el papel positivo que han jugado las Naciones Unidas en los asuntos mundiales durante su existencia. Hoy nuestra Organización ha crecido en tamaño y complejidad, con una composición de 159 Estados Miembros. El triunfo del principio de universalidad no sólo ha afectado el aspecto político de la Organización, sino que también ha establecido un proceso de democratización en la discusión de las cuestiones internacionales. Extrañamente, la concreción práctica del principio de igualdad soberana de los Estados se ha transformado en una excusa para que algunos Miembros poderosos de la Organización quieran abandonar el multilateralismo en pro del bilateralismo. Tal proceso sólo puede llevar a mayores incertidumbres en las relaciones entre los Estados y da aliento a la injerencia en los asuntos de los Estados pequeños.

Con este telón de fondo, esta ocasión importante del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas brinda a la comunidad internacional la oportunidad de reflexionar seriamente y evaluar los éxitos y fracasos, los sueños y realidades de nuestra Organización, así como nuestra adhesión a los nobles propósitos y principios de la Carta que nos impone, entre otras cosas, practicar la tolerancia, convivir en paz como buenos vecinos y unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Estos objetivos no se han alcanzado, en parte debido a la falta de voluntad política de los Estados Miembros, y en parte debido a la estructura de la Organización. Esto no significa que debamos desesperar. Necesitamos el coraje y la determinación inspiradoras de la noble visión de paz que constituye el pivote de la Carta.

Nigeria cree firmemente que se ha vuelto indispensable fortalecer a la Organización. Para hacerlo, es necesario modificar ciertos aspectos de la Carta. Una de esas áreas es la estructura del Consejo de Seguridad, que ahora debe lidiar con relaciones entre los Estados que han aumentado en complejidad mucho más allá de lo que imaginaron los fundadores. Hoy, más de las dos terceras partes de los Estados Miembros pertenecen al tercer mundo. Cuando se redactó la Carta, en 1945, muy pocos de esos países eran independientes. En consecuencia, en relación con el Consejo de Seguridad, la Carta tuvo una fuerte inclinación en favor de las grandes Potencias. En los últimos 40 años, la cantidad de países no alineados, así como su papel en el escenario internacional ha hecho necesario conceder reconocimiento a los centros de poder que representan. Asia, Africa y América Latina se han transformado en tales centros. La Carta debería tomar en cuenta las realidades actuales y no debería hacer caso omiso de esos centros. Nigeria está convencida de que ha llegado el momento de que por lo menos un país de cada una de las regiones de Africa, Asia y América Latina se transforme en Miembro permanente del Consejo de Seguridad.

Además, la expectativa de 1945 era que el veto se utilizaría rara vez, y especialmente para promover los propósitos de la Carta. Desgraciadamente, se ha vuelto un instrumento para impedir que el Consejo actúe siempre que un Miembro permanente cree que su interés nacional no coincide con la necesidad de mantener la paz y la seguridad internacionales. Es motivo de profunda preocupación que el Consejo de Seguridad, al que se ha confiado la responsabilidad primordial para el

mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, no pueda actuar concertadamente para cumplir con esa obligación debido a las profundas diferencias existentes entre algunos de los Miembros permanentes y la rivalidad Este-Oeste. Ha surgido la necesidad de que se diseñe un mecanismo que permita al Consejo de Seguridad desarrollar un consenso político frente a cualquier amenaza a la paz y seguridad internacionales.

Se debe considerar seriamente la idea de revisar la utilización del poder de veto para determinadas circunstancias singulares en que esa facultad se podrá o no ejercer en interés de la comunidad internacional. Esta es condición necesaria para el fortalecimiento del mecanismo de las Naciones Unidas, con miras a la promoción y mantenimiento de la paz y seguridad internacionales. También robustecerá la confianza de la comunidad internacional en la capacidad de las Naciones Unidas de hacer frente con eficacia a las agresiones armadas, en violación de la Carta, que ha sido la causa principal de los conflictos armados desde el final de la segunda guerra mundial.

El cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas coincide hoy con la proclamación de 1986 como Año Internacional de la Paz. Esta coincidencia brinda una ocasión muy propicia para que los Miembros de esta Organización se comprometan a defender la paz no mediante la adquisición competitiva de armamentos, sino merced al establecimiento de la seguridad colectiva de la Carta. Nos preocupa hondamente y nos defrauda en gran medida que, pese a los ingentes esfuerzos de la comunidad internacional por alcanzar ese objetivo, la supervivencia de la humanidad siga amenazada por la adquisición masiva de armas muy perfeccionadas, especialmente las nucleares. No se ha realizado ningún progreso sustantivo para poner coto a la carrera de armamentos, y en particular a la de los nucleares. En verdad, no hay ninguna necesidad de carácter militar que justifique la fabricación continua y el despliegue de armas nucleares. Los arsenales de armas nucleares existentes en poder de las dos superpotencias ya bastan y sobran para destruir a toda la humanidad. Lamentablemente, sigue sin disminuir la carrera de armamentos tanto desde el punto de vista cualitativo como cuantitativo, y aumentan las tensiones, atizadas por la inminente carrera de armamentos en el espacio.

Encarezco a las grandes Potencias en nombre de la humanidad que hagan serios esfuerzos para llegar a un acuerdo acerca de medidas verdaderas de desarme. Para empezar, deben poner fin a todas las pruebas nucleares, tanto a través de medidas bilaterales iniciales como más adelante, a través de un tratado multilateral de prohibición de los ensayos nucleares. Deben acceder a congelar la producción y el despliegue de armas nucleares y de sus sistemas de lanzamiento. En espera del desarme nuclear, los Estados poseedores de armas nucleares deben comprometerse mediante un instrumento obligatorio a no utilizar este tipo de armas. La solución a los problemas mundiales no radica en la implantación de la estrategia de la disuasión, sino en la seguridad común.

La situación del Africa meridional en relación con la cuestión del apartheid y la independencia de Namibia sigue siendo tan explosiva como siempre. La ocupación ilegal de Namibia por Sudáfrica constituye un desafío muy embarazoso para las Naciones Unidas. Debemos encontrar los medios de aplicar en su totalidad la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad. Las Naciones Unidas deben dejar bien en claro que no se permitirá que cuestiones ajenas y no pertinentes constituyan una traba para la independencia de Namibia.

En la propia Sudáfrica, el ciclo de violencia y represión brutal impuesto por el régimen minoritario, la implantación del Estado de emergencia en los barrios negros y los actos continuos de intimidación y desestabilización de sus vecinos por Pretoria, ponen claramente de manifiesto que el régimen del apartheid no tiene la menor intención de reformar el sistema para satisfacer las aspiraciones legítimas de la mayoría negra, desposeída de su derecho genuino y privada de la justicia y la libertad.

Ya ha llegado la hora de que todos actuemos de consuno para demostrar nuestro respeto y compromiso de defender la dignidad humana. Ha llegado la hora de que Sudáfrica demuestre al mundo que se propone atacar al apartheid de frente. Ya no cabe duda de que las acciones económicas pueden forzar al régimen del apartheid a que se postre de hinojos. Las concesiones y los acomodos han demostrado ser terriblemente ineficaces. El compromiso constructivo no ha dado ningún fruto positivo. Por lo tanto, insto al Consejo de Seguridad a que adopte medidas urgentes para imponer sanciones obligatorias amplias para forzar a Sudáfrica a aplicar las resoluciones de las Naciones Unidas.

El Oriente Medio es otra de las zonas que requieren nuestra atención concertada. Nigeria está convencida de que la única solución viable para los problemas de esa región debe basarse en un acuerdo negociado justo y equitativo. Por lo tanto, insto a todos los interesados a que creen las condiciones necesarias para que se convoque la conferencia internacional de paz con la participación de todos los interesados.

La crisis que aflige a las relaciones económicas internacionales plantea una grave dificultad a las Naciones Unidas. Las economías de los países en desarrollo están cada vez más sobrecargadas por el terrible servicio de la deuda, altas tasas de inflación, las dificultades de la balanza de pagos, la inestabilidad de los

precios de los productos básicos y la disminución de la asistencia oficial para el desarrollo. Los países desarrollados y las instituciones financieras internacionales, en particular el Fondo Monetario Internacional, tienen un papel importante que desempeñar para aliviar la situación tan aguda que impone la carga de la deuda a nuestros pueblos. Teniendo esto en cuenta, es necesario, por lo tanto, que el Fondo Monetario Internacional en particular dé muestras de una mayor flexibilidad y considere de nuevo sus posiciones y las condiciones que impone para los préstamos. Los países en desarrollo no deben seguir utilizando ingentes proporciones de sus ingresos por exportación para el servicio de la deuda a expensas del crecimiento y la estabilidad social.

Los logros del sistema de las Naciones Unidas pueden ser ejemplificados mejor a través de los organismos especializados. Esos organismos constituyen hoy día una fuente esencial de apoyo y de asistencia de diversa índole para los países en desarrollo. En Nigeria, el éxito del Programa ampliado sobre vacunación del UNICEF es un ejemplo notable de la participación multilateral para el progreso. Deseo dejar constancia del apoyo de mi país a la ambiciosa política de vacunación universal de todos los niños antes del año 1990.

A este respecto es apropiado expresar el reconocimiento de mi Gobierno al Secretario General de nuestra Organización, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, y a las autoridades ejecutivas de los organismos especializados por la dedicación a sus deberes en apoyo de los ideales del sistema de las organizaciones internacionales. El Secretario General de las Naciones Unidas ha puesto de manifiesto una sensibilidad especial frente a la crisis económica que ha azotado al continente africano en los últimos tiempos y ha sido un instrumento para que la comunidad internacional tome conciencia de esa situación.

Para concluir, Sr. Presidente, permítame que lo felicite por la eficacia con que ha dirigido este importante período de sesiones de la Asamblea General. El mejor apoyo que los Miembros pueden brindar a usted y a la Organización consiste en recordar constantemente que el triunfo de los principios y de los propósitos de la Carta depende por completo de los esfuerzos que lleven a cabo de buena fe. A pesar de sus imperfecciones no podemos menos que admitir que nuestra Organización se ha convertido en una de las pocas empresas humanas en las que la opción de la abolición no existe. Por lo tanto, colaboremos todos para preservarla y fortalecerla por el bien de la humanidad.

Su Excelencia el Comodoro O. Ebitu Ukiwe, Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República Federal de Nigeria, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El PRESIDENTE: El próximo orador es el Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Sr. Bernardo Sepúlveda Amor.

Sr. SEPULVEDA AMOR (México): Asistimos hoy a una conmemoración histórica. Acudimos también a cumplir dos tareas fundamentales: primero, celebrar la hazaña del hombre y de la civilización que se refleja en la creación de las Naciones Unidas; segundo, reconocer que el mundo demanda ahora un nuevo acto de racionalidad y decisión colectivas a fin de resolver contradicciones y aparentes disyuntivas que ponen en peligro la paz y la seguridad internacionales.

En 1945 cincuenta y un países sumamos historia y voluntad; diseñamos un porvenir común y asumimos el reto de la convivencia con imaginación constructiva y solidaridad. Frente a la tragedia de la guerra, se perfiló un orden normativo e institucional. Frente a las posibles controversias, se alzó el compromiso de las

soluciones pacíficas. Frente a la intolerancia ideológica, se impuso el reconocimiento del pluralismo como realidad inevitable y, a la vez, enriquecedora. Frente al abuso del poder, se levantaron los principios de la coexistencia y la fuerza del derecho. Frente al atraso y la marginación, se propuso una cooperación equitativa y dinámica para el desarrollo.

El orden de la posguerra ha cumplido propósitos de altísimo valor: descolonización, independencia y libre determinación; respeto universal por los derechos humanos; prevención y solución de conflictos bélicos; creación de órganos independientes para examinar asuntos que ponen en peligro la paz o para dirimir jurídicamente los litigios entre los Estados; esfuerzo colectivo para el progreso económico y social. Todos están en el recuento impresionante de obras magnas atribuibles a esta Organización.

A partir de 1945 nuestra Organización ha contribuido a la conformación de un escenario político internacional nuevo, radicalmente distinto a aquel que esbozaron los constituyentes en San Francisco. Mucho han evolucionado los países y el conjunto de la comunidad de naciones. No obstante, junto al progreso insoslayable han surgido nuevas formas de intolerancia y de concentración y ejercicio de la fuerza; nuevas fuentes de tensión política y de explotación y dependencia que amenazan el futuro de nuestra civilización.

Hoy es tiempo propicio para la revisión crítica del funcionamiento de las Naciones Unidas. Identificar y corregir carencias y desviaciones es un imperativo. Pero más que recurrir a la denuncia, a la confrontación o al desánimo se impone a los Estados Miembros la responsabilidad histórica de reafirmar y cumplir sus compromisos adquiridos, de definir vías eficaces de solución y de sumar voluntad política en favor de los valores y las aspiraciones que están en la fragua de nuestra Organización internacional.

Más que a un problema de eficiencia, nos enfrentamos a uno de eficacia del sistema de las Naciones Unidas. Más que a cuestiones de organización y administración de los recursos, nos enfrentamos a intereses creados y a nuevos problemas que coartan las decisiones necesarias para prevenir, resolver y avanzar.

En la esencia de las limitaciones de las Naciones Unidas está la falta de una genuina voluntad política de los Estados Miembros para cumplir y hacer cumplir los principios de la Carta, para sujetar su conducta al derecho internacional, para subordinar sus intereses egoístas o inmediatos a objetivos de naturaleza colectiva y a propósitos superiores de nuestra civilización. Resolver tal contradicción es tarea de todos, si bien a los más poderosos corresponde mayor responsabilidad.

El 40° aniversario de las Naciones Unidas se convierte, en este sentido, en un reclamo a los Estados Miembros. Urge que manifestemos sin ambages y mediante actos políticos concretos e identificables una voluntad de paz y de cooperación, poniendo en práctica acciones inequívocas que otorguen vigencia plena a la Carta de las Naciones Unidas y eficacia cabal a los órganos primordiales de nuestra Organización: voluntad para que se respeten los principios y las normas que los propios Estados han suscrito para solucionar conflictos y controversias; para garantizar la soberanía de cada uno y, al propio tiempo, la seguridad colectiva; para impulsar un desarrollo económico y social compartido. Voluntad para que el Consejo de Seguridad cumpla efectivamente la responsabilidad y los objetivos para los que fue establecido y supere la virtual parálisis a que lo ha llevado un abusivo ejercicio del derecho de veto. Voluntad para otorgar a la Corte Internacional de Justicia una jurisdicción permanente obligatoria para todos los Estados sin excepción ni condición alguna, a fin de resolver controversias jurídicas mediante organismos independientes responsables del respeto a la legalidad internacional. Voluntad para que el Consejo Económico y Social supere la carga insostenible de inercias e insuficiencias, y sea capaz de conducir un proceso de revisión, racionalización y articulación de esfuerzos de los organismos, agencias y entidades que conforman la vasta red de la cooperación para el desarrollo. Voluntad para que el Secretario General de las Naciones Unidas desempeñe las atribuciones que le asigna la Carta sin las ataduras y valladares que con frecuencia levantan los más fuertes y también en ocasiones algunos débiles.

En esta conmemoración debemos iniciar ese proceso de renovación y fortalecimiento de voluntades. Los problemas graves que enfrenta el mundo son numerosos, crecen y se multiplican. No hay lugar para treguas ni para vacilaciones.

Estamos obligados, política y moralmente, con la historia y con las presentes y futuras generaciones, a impedir que el orden internacional siga deteriorándose; que los mecanismos e instrumentos de las Naciones Unidas, que son nuestra única base firme para progresar, sigan siendo deteriorados por falta de voluntad política.

Un primer paso inmediato de la comunidad internacional podría ser la definición de nuevas fórmulas para desactivar los conflictos regionales, que son hoy una amenaza en aumento para la estabilidad mundial. En Centroamérica como en el Medio Oriente; en Chipre y en el sudeste asiático, se pierden vidas valiosas; se atenta contra el derecho; domina la fuerza y se erosionan soberanías; se malgastan, en fin, los escasos recursos nacionales y se daña a nuestra Organización mundial.

Proponemos, por ello, que esta Asamblea General invite al Secretario General a la pronta presentación ante el Consejo de Seguridad - como principal responsable de la paz y la seguridad internacionales - de propuestas específicas para que sus Miembros y los países involucrados en los conflictos regionales se comprometan con acciones precisas y de acuerdo con un calendario político en favor de soluciones pacíficas.

Desarme y crisis económica mundial, vinculadas en un mismo cauce de tensiones, constituyen también preocupaciones prioritarias de todas las naciones, que merecen atención urgente. Se reclaman negociaciones significativas y, en este sentido, concesiones de todas las partes en favor de los intereses superiores de la humanidad.

El hombre ha acumulado conocimiento y experiencia para contrarrestar fuerzas y concepciones que en el pasado, como ahora, se han opuesto a una paz general y justa y a una cooperación internacional que persiga un desarrollo compartido por todos y una genuina democracia de las naciones.

En 1945, la comunidad de naciones definió un escenario de convivencia no sólo deseable, sino viable. No podemos permitir que 40 años después se ponga en entredicho la capacidad del hombre para generar y compartir tranquilidad y bienestar. Lo que está a prueba es el talento, la buena fe y la voluntad de Gobiernos, estadistas y dirigentes. Las Naciones Unidas son propósito y principio, pero, a la vez, el reflejo de realidades políticas objetivas.

México reafirma hoy su compromiso con las Naciones Unidas. Son éstas la única vía hacia un orden armónico de convivencia mundial.

A raíz de los estragos causados a nuestro país por la naturaleza el pasado 19 de septiembre, pudimos confirmar la generosidad y solidaridad de que son capaces los pueblos amigos. Nuevamente expresamos aquí nuestra gratitud por las incontables muestras de amistad que mucho nos han confortado y auxiliado. Pero también es nuestro deseo subrayar que ellas son prueba y reflejo del enorme potencial de cooperación internacional que existe en favor de las causas justas del hombre y de los pueblos. Aprovechar ese potencial es el reto de nuestro tiempo.

Como dijera el Presidente de México al instalar, el pasado 16 de octubre, el Comité de Coordinación del Auxilio Internacional para la reconstrucción:

"El pueblo de México es sensible y noble. Tiene memoria. Ha sabido reconocer y reconocerá el gran valor de la amistad y la solidaridad que le han brindado otras naciones."

El PRESIDENTE: El siguiente orador es Su Excelencia el Sr. Anatoly E. Gurinovich, Ministro de Relaciones Exteriores y Enviado Especial del Presidium del Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Bielorrusia.

Sr. GURINOVICH (República Socialista Soviética de Bielorrusia)
(interpretación del ruso): Sr. Presidente: Al intervenir en este período de sesiones conmemorativo en que se celebra el cuadragésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas presento, con un sentimiento de responsabilidad así como con gran honor, el mensaje del Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Bielorrusia, Sr. Ivan Evtseyevich Polyakov. El mensaje dice:

"Han transcurrido 40 años desde el día en que, como resultado de la gran victoria de los pueblos amantes de la paz sobre las fuerzas del fascismo alemán y el militarismo japonés, se crearon las Naciones Unidas. Los Estados que fundaron la Organización inscribieron en su Carta un compromiso de convivir en paz como buenos vecinos y aunar fuerzas para mantener la paz y la seguridad internacionales. En otras palabras, la Carta de las Naciones Unidas sentó el principio de la coexistencia pacífica de los Estados, formulándolo en el lenguaje del derecho internacional. El primer país socialista, desde el comienzo de su existencia, se ha esforzado por poner en práctica este principio.

Los últimos cuatro decenios han visto grandes cambios en el mundo. Se creó y se desarrolló con éxito el sistema socialista mundial; se han derrumbado los imperios coloniales merced de los golpes de los movimientos de liberación nacional, y las fuerzas de la paz y el progreso se han fortalecido. El rápido progreso de la revolución científica y tecnológica ha permitido enfrentar los problemas más complejos del desarrollo económico.

Al mismo tiempo, en los años de la posguerra surgieron armas, sobre todo las nucleares, con un enorme poderío de destrucción que podrían extinguir la vida en la Tierra. Los círculos imperialistas agresivos siguen dependiendo de la fuerza; desarrollan e incluso ensayan nuevos tipos de armas nucleares, ahora también de tipo espacial y recurren a los métodos del terrorismo de Estado.

Hoy, igual que en los días de la lucha contra el fascismo, la conciencia del peligro común debería poner a los Estados por encima de sus divergencias políticas e ideológicas a fin de cooperar activamente para proteger a las generaciones presentes y futuras del flagelo de la guerra. En nuestra opinión, este es el principal objetivo de las Naciones Unidas.

La historia ha confirmado la viabilidad de las Naciones Unidas en los momentos más peligrosos y difíciles de la política mundial. La Organización ha tomado numerosas decisiones constructivas e importantes en favor de la paz, la seguridad y el desarme. También es muy importante la decisión de la Asamblea General de declarar a 1986 Año Internacional de la Paz.

Las propuestas presentadas por los Estados de la comunidad socialista siempre han sido un estímulo importante para los empeños de las Naciones Unidas por fortalecer la paz y la seguridad internacionales. La nueva iniciativa soviética - la moratoria anunciada en relación con todas las explosiones nucleares y las propuestas de una reducción importante en los arsenales nucleares, así como sobre el desarrollo de la cooperación internacional para la exploración pacífica del espacio ultraterrestre en condiciones de no militarización - es ejemplo de un enfoque responsable acerca del destino de la humanidad y las tareas de esta Organización. Estas iniciativas, y no la loca carrera por aumentar la tirantez en el mundo, son las que reciben el apoyo de los pueblos.

La República Socialista Soviética de Bielorrusia es miembro fundador de las Naciones Unidas. Nuestro pueblo ha contribuido en forma heroica y valerosa al esfuerzo conjunto para derrocar al fascismo en la segunda guerra mundial.

Uno de cada cuatro ciudadanos de la República dio su vida en aras de la victoria. Por conocer bien el precio de la paz, la República Socialista Soviética de Bielorrusia, junto con otros Estados amantes de la paz, ha trabajado constantemente y con decisión por proteger a los pueblos de la amenaza de una nueva guerra.

La República Socialista Soviética de Bielorrusia considera a las Naciones Unidas como un instrumento importante para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Las tareas prioritarias que enfrenta hoy la Organización son la eliminación de la amenaza nuclear, la prevención de una carrera de armamentos en el espacio y su terminación en la Tierra y el desarme.

Los problemas de la eliminación del apartheid, el racismo y los vestigios del colonialismo y del logro de los objetivos del progreso económico y social para todos, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, también esperan una urgente solución.

Los pueblos del mundo reclaman con justicia que los Estados Miembros de las Naciones Unidas opten resueltamente por la cooperación en lugar del enfrentamiento y detengan la evolución peligrosa de los acontecimientos, mientras haya tiempo para ello. La República Socialista Soviética de Bielorrusia, sobre la base de los principios leninistas de su política exterior, está dispuesta a contribuir activamente al logro de los elevados y nobles objetivos de las Naciones Unidas."

El mensaje está firmado por Ivan E. Polyakov, Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Bielorrusia.

El PRESIDENTE: El siguiente orador es el Ministro de Relaciones Exteriores y Cooperación Internacional y Enviado Especial del Presidente de la República de Malí, Su Excelencia el Sr. Alioune Blodín Beye.

Sr. BEYE (Malí) (interpretación del francés): Sr. Presidente: Constituye un enorme privilegio para mí que se me haya asignado la tarea de transmitir a esta Asamblea por su intermedio, un mensaje especial que Su Excelencia el Sr. Moussa Traore, Presidente de la República de Malí, dirige a esta Asamblea General con motivo de celebrarse el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas. Dice así:

"La conmemoración del cuadragésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas ofrece la oportunidad de que se reúnan, en la Sede de nuestra Organización, eminentes hombres de Estado que representan a todos los pueblos del mundo. No cabe duda de que esta Asamblea de tan alto nivel ha de suscitar intensas reflexiones sobre las formas y los medios que permitan fortalecer el papel irremplazable que desempeñan las Naciones Unidas.

Deseo aprovechar esta circunstancia excepcional para reafirmar, en nombre del pueblo de Malí, de su partido - la Unión Democrática del Pueblo Maliense -, de su Gobierno y en el mío propio, la profunda adhesión de nuestro país a los principios e ideales que en ese entonces inspiraron a los fundadores de las Naciones Unidas.

La República de Malí, fiel a la ética de paz y de justicia de su pueblo, suscribió en los primeros días de su accesión a la independencia la Carta de esta Organización, que se fijó como objetivo la instauración de un orden internacional equilibrado en las relaciones entre todas las naciones. Ese es el motivo por el cual Malí jamás ha dejado de aportar su contribución a todos los esfuerzos concertados por la concreción de este noble objetivo.

No obstante, la persistencia del colonialismo, el racismo y particularmente el apartheid, así como de los actos de agresión, la injerencia en los asuntos internos de los Estados, la carrera de armamentos y la miseria son desafíos graves a los que deben responder los Estados Miembros, si quieren seguir siendo fieles a sus compromisos con la Carta de la Organización.

La República de Malí, que deposita grandes esperanzas en el triunfo de los ideales de las Naciones Unidas, continuará realizando esfuerzos sostenidos para lograr una sociedad internacional más justa y verdaderamente democrática.

Nuestra aspiración, incluso nuestra convicción en la instauración de un mundo mejor, que motivó hace 25 años nuestra adhesión a las Naciones Unidas, sigue siempre viva y ardiente. Por ello, haremos todo lo posible para contribuir a la consolidación de esta Organización, al fortalecimiento de su papel y al mejoramiento de sus labores.

Al expresar el deseo del pueblo de Malí de que este cuadragésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas sea el comienzo de una era de paz, justicia, libertad y progreso para todos los pueblos, deseo manifestarle, Sr. Presidente, las seguridades de mi más alta consideración."

El mensaje está firmado por el Presidente Moussa Traore.

ORGANIZACION DE LOS TRABAJOS

El PRESIDENTE: Antes de concluir la sesión, deseo anunciar lo siguiente.

Mañana, 24 de octubre, es el Día de las Naciones Unidas, y se calcula que asistirá un gran número de personas. La sesión de la Asamblea General de mañana por la mañana comenzará puntualmente, - repito, puntualmente - a las 10.00 horas. Por consiguiente, se ruega a los representantes y a todos los invitados que ocupen sus asientos antes de las 9.45 horas.

Se levanta la sesión a las 12.35 horas.